



Ópera en el Met

por Daniel Lara

La bohème

Diciembre 2, 2011. Todo pareció indicar que el común denominador de esta nueva reposición de *La bohème* de Puccini que el Metropolitan Opera de Nueva York llevó a cabo esta temporada tuvo como objetivo brindarles a algunos de los jóvenes talentos que han atraído la atención del público en las últimas temporadas la posibilidad de presentarse en papeles protagónicos de títulos en los que la compañía tiene ya su taquilla asegurada independientemente de quién cante.

De esta nueva reposición del clásico pucciniano los nombres a retener fueron el de **Dimitri Pittas** y **Susanna Phillips**, quienes caracterizaron respectivamente a Rodolfo y Musetta y se hicieron con los laureles de la noche, reconfirmando el prometedor futuro que tienen por delante. Dueño de un magnífico patrimonio vocal que supo administrar con inteligencia y en un rol que pareció especialmente escrito para su vocalidad, Pittas dotó a su escritor Rodolfo de un canto emotivo, generoso y pleno de lirismo que fue ganando en intensidad a medida en que fue avanzando la ópera. Su aria 'Che gelida manina...' fue uno de los momentos más celebrados de la noche y un buen medio para que este ascendente intérprete pudiese hacer gala tanto de su homogénea y cuidada línea de canto como de su prodigiosa seguridad para enfrentar los agudos que la deparó la partitura. Por su parte, Phillips abordó la parte de Musetta con gracia y desenvoltura y le sacó buen partido a su aria 'Quando men vo...' para hacerse del favor del público y ganarse una ensordecedora ovación una vez caído el telón.

El resto del elenco fue correcto sin llegar a descollar. **Hibla Gerzmava** no pareció encontrar en la parte de la costurera Mimì un terreno propicio para demostrar de cuánto es capaz. Su caracterización pareció más abocada a sonar bonito que a imprimirle personalidad a su parte. Sus problemas técnicos no resueltos y su acentuado vibrato terminaron por desmerecer aún más una prestación que apenas si superó lo discreto. De timbre bello y generoso, **Alexey Markov** fue un Marcello voluntarioso y bien intencionado que, aunque dio claras evidencias de una destacable vocalidad, también dejó claro que el repertorio italiano no es lo suyo.

Todo un lujo resultó el debutante bajo inglés **Matthew Rose** para la parte del filósofo Colline, personaje para el cual demostró poseer sobrados medios, calificativos que también pueden aplicarse para el Schaunard de **Patrick Carfizzi**. En su doble labor como Benoit y Alcindoro, el veterano **Paul Plishka** aún sigue demostrado solvencia y mucho oficio a la hora de componer sus personajes. Como es habitual, el coro que dirigió **Donald Palumbo** mostró un óptimo nivel de preparación.

A cargo de la vertiente musical, el maestro **Louis Langree** hizo una lectura ajena al pulso pucciniano, con tiempos excesivamente lentos que complicaron el trabajo de los cantantes e hicieron que la representación resultase hartamente aburrida. Orgullo de la compañía, la espectacular puesta en escena que a comienzos de los 80 firmara para la casa el director de escena italiano **Franco Zeffirelli** y que es todo un dechado de virtudes por donde se lo busque, le devolvió a la representación un poco del brillo que los intérpretes no supieron darle.



Liping Zhang y Robert Dean Smith en *Madama Butterfly*
Foto: Marty Sohl

Madama Butterfly

Diciembre 5, 2011. Sería deseable que los distintos elencos que han de sucederse en esta nueva reposición de *Madama Butterfly* que el Met propone esta temporada logren borrar el pobre sabor que ha dejado este primer reparto con el cual la ópera de Puccini ha vuelto a la escena del máximo coliseo neoyorquino. A cargo en esta ocasión de la parte de la joven geisha Cio-Cio-San, la soprano chino-canadiense **Liping Zhang** ofreció una caracterización que si bien convenció, supo a muy poco. Vocalmente, la parte exige de la soprano no sólo buen canto, sino una evolución psicológica que Zhang, al menos en este momento de su carrera, pareciera no estar en condiciones de poder ofrecer. En general su prestación vocal se caracterizó por un canto monocorde, inexpresivo y rutinario donde todo fue interpretado del mismo modo sin la menor emoción ni intención.

El marino Pinkerton de **Robert Dean Smith** no corrió mejor suerte. A pesar de su timbre generoso y su cuidada musicalidad, el tenor americano, frecuente intérprete del repertorio wagneriano y straussiano, tuvo no pocos problemas intentando adaptar su canto al estilo requerido por Puccini para personaje. Su falta de carisma, sus dificultades en el arte del *legato* y un fraseo italiano por demás deficiente contribuyeron a restarle convicción dramática a una caracterización que resultó poco inspirada y que aportó muy poca calidad.

Único italiano de la elenco, **Luca Salsi** fue un cónsul Sharpless de gran sensibilidad que convirtió en oro cuanto frase cantó, exhibiendo en todo momento un bello timbre baritonal de gran flexibilidad, que dispensó con elegancia y acentos nobles. Otro gran acierto fue encomendar a **Maria Zifhak** el personaje de Suzuki, parte a la cual la mezzosoprano americana sirvió con sólidos medios vocales y gran sentido dramático. El resto de los intérpretes respondieron con solvencia y profesionalismo a sus cometidos vocales, destacándose particularmente tanto el príncipe Yamadori del debutante **Luthando Qave** como el Goro de **Joel Sorensen**.

El coro de la casa que dirige con mano férrea el maestro **Donald Palumbo** volvió a dar claras muestras de su gran preparación y del alto nivel de excelencia que viene atravesando. Desde del foso, a **Plácido Domingo** le costó despegarse de su labor de cantante y prestó una atención desmedida a sostener el trabajo de sus colegas, desatendiendo muchos pasajes orquestales que requieren de una mayor atención de quien tiene a cargo la vertiente musical de la representación.

Proveniente de la Ópera Nacional Inglesa, la producción de **Anthony Minghella** que fuera presentada no sin controversia por primera vez en la casa en el 2006, ha conquistado al público convirtiéndose en una de las mejores cartas de presentación de la compañía. La producción en sí misma rebosa de buen gusto y tiene entre sus muchos méritos del de presentar la acción con pocos elementos de gran impacto simbólico que recrean y contribuyen a la perfección a la comprensión de la trama y a profundizar la enorme dimensión dramática de la ópera.

Siegfried

Noviembre 5, 2011. No hubo grandes sorpresas en esta nueva entrega que el director de escena **Robert Lepage** hizo de la producción escénica de la tetralogía wagneriana que el Met empezó a ofrecer la temporada pasada. En términos generales, esta segunda jornada del “Anillo del Nibelungo” se movió sin grandes sobresaltos dentro de una línea estética más tradicional que sus predecesoras y en la que pudo apreciarse una elaboración teatral de los personajes mucho más profunda e inteligente que contribuyó a trazar de manera clara y contundente el perfil de los personajes que componen la ya de por sí compleja trama de la ópera.

En lo que concierne estrictamente a la escenografía, la enorme maquinaria de tablas móviles sobre la que se desarrolla la acción no pareció entorpecer ni limitar el trabajo del director de escena, sino que, por el contrario, en esta ocasión Lepage logró optimizar su utilización obteniendo momentos de gran impacto visual, sirviéndose para ello de proyecciones tradicionales y de tecnología 3D. El bosque frondoso en el cual se desarrolla el segundo acto resultó particularmente bien logrado y la lucha de Siegfried con el dragón estuvo muy bien resuelta. El comienzo del acto tercero, donde se hizo referencia al deambular del caminante en busca de la diosa Erda le dio a la noche otro de sus momentos de mayor calidad y despliegue técnico que el público ovacionó con gran entusiasmo. El vestuario de **François St-Aubin** agregó belleza visual al hasta ahora más deslumbrante trabajo de Lepage en lo que va de este ciclo de la tetralogía wagneriana.



Jay Hunter Thomas (Siegfried) y Deborah Voigt (Brünnhilde)
Foto: Ken Howard

Con todo y esto, nada pudo robarle a los intérpretes el mérito de ser los grandes protagonistas de la noche. Si bien el Met no se las vio fácil para encontrar un Siegfried a la altura de las circunstancias (Ben Heppner, originalmente previsto, se retiró de la producción en febrero pasado y Gary Lehman hizo lo mismo una semana antes del estreno, aduciendo enfermedad), la elección del texano **Jay Hunter Morris** superó ampliamente todas las expectativas y permitió descubrir a un cantante de primer orden que la casa deberá tener muy en cuenta para futuros empeños. De timbre grato, voz robusta y una expresividad siempre a flor de piel, Morris concibió un Siegfried mucho más romántico que heroico que no paró de seducir en ningún instante con su personal composición de adolescente conflictivo y solitario. Si aún quedaban dudas de su rendimiento vocal después de la forja de la espada, donde desplegó no sólo todas las notas necesarias sino que lo hizo con gran convicción y aplomo escénico, la cereza del pastel la dio en la escena final, cuando plasmó de modo magistral a través de sinnúmero de acentos y sutilezas todas las dudas y temores del joven héroe frente al despertar sexual que le provoca su encuentro con Brünnhilde. ¡Bravo!

Pisándole los talones en el podio vocal, **Bryn Terfel** —quien debutó la parte de Der Wanderer en esta producción— obtuvo un muy merecido éxito personal debido a una prestación vocal exultante de homogeneidad, intensidad y refinamiento. Referente indiscutible del personaje de Mime, **Gerhard Siegel** demostró una vez más que la parte del calculador enano nibelungo no le depara ningún secreto y supo a través de su muy

lograda prestación concentrar toda la atención en cada una de sus intervenciones. Completaron el lujoso elenco masculino el Alberich del siempre sólido y expresivo **Eric Owens**, así como el Fafner de gran autoridad vocal de **Hans-Peter König**.

En lo que respecta a las voces femeninas, la Brünnhilde de **Deborah Voigt** convenció fundamentalmente por la pasión con la cual cantó en su encuentro con Siegfried y la variedad de matices con los cuales dio cuenta de sus temores ante la pérdida de su divinidad. Vocalmente, Voigt cumplió con lo justo, dejando entrever en muchas ocasiones que estaba al límite de sus posibilidades y sólo salvando con profesionalismo un rol que a medida que va transcurriendo este Anillo va dejando bien claro que excede su vocalidad y que parece presagiar lo peor en *Götterdämmerung*.

En gran forma vocal, **Patricia Bardon** hizo un buen uso de sus graves aterciopelados, de su admirable línea de canto y de sus justos decires para retratar una diosa Erda de alto vuelo. Desde un costado de la escena, con su bellísima y precisa voz, **Mojca Erdmann** dio vida con mucha solvencia al pájaro del bosque que conduce al héroe hasta el círculo de fuego.

En el podio —reemplazando a James Levine, quien por motivos de salud ha renunciado a todas sus obligaciones para esta temporada—, **Fabio Luisi** hizo una lectura fluida, detallista y transparente de la extensa partitura wagneriana, a la cual no le hubiese venido nada mal una más depurada articulación musical y un sonido más suntuoso en los pasajes sinfónicos. ●